

MEMORIAS ERÓTICAS DE UNA MUJER ENTREGADA AL DESEO



LA MÁSCARA DE VENUS  
VENUS O'HARA

VENUS O'HARA

# LA MÁSCARA DE VENUS

*Memorias eróticas de una mujer entregada al deseo*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Venus O'Hara, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2014

Depósito legal: B. 7.319-2014

ISBN 978-84-08-12831-1

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# 1

Mi fascinación con el desnudo femenino comenzó mucho antes de dibujarlo por primera vez. Yo era el tipo de niña que le quitaba la ropa a su muñeca Barbie para echar un vistazo a los encantos que yacían debajo. Recuerdo haber estudiado sus pechos de plástico: eran impúdicos y grandes en comparación con el resto de su cuerpo. Me preguntaba cuándo tendría yo los míos, y cómo iban a ser. Cada vez que oía que alguien se acercaba a mi habitación, instintivamente la vestía de nuevo, porque sabía que estas cosas estaban mal vistas. Tampoco podía estudiar y dibujar desnudos en la escuela, porque era algo que quedaba prohibido en mi colegio católico. Así que dibujaba flores, paisajes y retratos.

Nací en el norte de Inglaterra, en una familia irlandesa muy numerosa. Tenía decenas de primos en los cinco continentes y, cada vez que había una boda familiar, recuerdo que mis padres siempre competían para saber a quién me parecía más. Según mi padre, salía a su familia y, según mi madre, a la suya, pero la conclusión general era que yo era una mezcla de los dos. A pesar de que en las reuniones familiares me sentía guapa, aquello ya no me bastaba de adolescente, cuando empezaba a desear que los chicos se fijaran en mí; sin embargo, mi piel blanca como la nieve hacía que esto fuera poco probable. «Eres igual que un fantasma», me decían mis compañeros de clase. En aquella época, en un mal día me sentía fea; y en un buen día, me sentía invisible.

Traté de encontrar la manera de cambiar el tono de mi

piel. Primero probé crema bronceadora, pero olía fatal y, para mi horror, después de haberla frotado por todo el cuerpo y de esperar las cuatro horas recomendadas para ver los resultados, se había acumulado en las rodillas y los codos y tenía un tono entre naranja y panceta. Pero lo peor de todo era que en la ducha no salía y duraba casi una semana. Mis compañeros de clase se rieron de mí y me preguntaron si había ido de vacaciones, cuando sabían perfectamente que no.

En otra ocasión, traté de tomar el sol en mi jardín, sin protección solar, durante un fin de semana en que hubo una ola de calor. Deseaba quemarme la piel para quedarme igual que los turistas que regresaban de sus vacaciones, que más parecían langostas que personas. Sin embargo, por mucho que lo intentara, mi piel permanecía blanca como la leche, tanto que me llegué a preguntar si aquello me pasaba porque no tenía pigmentación o algo parecido. Supongo que en esa época, en vez de destacar entre la multitud, quería encajar en ella, pero después me di por vencida y pensé que sería mejor aceptarme naturalmente tal como era.

A los dieciséis años, fui a un nuevo instituto para prepararme para los exámenes de selectividad. También era una institución católica; sin embargo, ahí nos dejaban dibujar desnudos en la clase de bellas artes. En cambio, para hacer los deberes de las clases de modelo en vivo, teníamos que ir a otro centro por la noche, ya que en nuestro instituto católico una modelo desnuda no habría sido posible, por culpa de las monjas, por supuesto. El otro centro estaba lejos, y siempre había tanta gente que a veces apenas se podía ver bien a la modelo.

Para ganar tiempo, y para adquirir una valiosa práctica en el dibujo, comencé a dibujarme a mí misma desnuda delante del gran espejo de mi habitación. Cuando mostré mis autorretratos al profesor, me preguntaba, mientras él se ponía a corregir los trazos enseguida, si se habría dado cuenta de que la modelo era yo. Esos dibujos eran los trabajos preliminares

para unos cuadros al óleo, y teníamos que hacer uno cada trimestre.

También estudiábamos historia del arte y, al estudiar a los viejos maestros, comprendí que muchos de ellos habían quedado cautivados por aquellos desnudos recostados de piel blanca y cabellos rojos. Estudié las pálidas Venus pelirrojas, tan en boga durante el Renacimiento, y me pregunté si no habría nacido unos cuantos siglos demasiado tarde. Puede parecer obvio, pero yo llevaba mucho tiempo representándome a mí misma como una Venus, aunque sin darme cuenta de lo que eso significaba.

Pero por mucho que disfrutara de mis clases de bellas artes, sabía que, después de la selectividad, aquello no pasaría de ser un hobby. Me imaginaba que en algún momento tendría que hacer algo más «serio» en la universidad. Aparte del arte, mi otra gran pasión eran los idiomas, y mi intención era estudiar francés en la universidad más adelante.

Durante el primer trimestre en mi nuevo instituto, conocí a James, mi primer novio. Tenía diecinueve años; y a menudo esos tres años de diferencia me parecían muchos más, porque él había pasado un año sabático viajando por todo el mundo y era mucho más experimentado en absolutamente todo.

Lo veía en la cafetería, siempre solo, sentado en la misma mesa, absorbido por algún libro. Aunque era alto, guapo y moreno, lo primero que me llamó la atención de él fue su forma de vestir: me gustaba su estilo *vintage*, porque mi *look* preferido consistía en ropa de segunda mano de los años setenta. Pero esto era mucho más que ropa. Para mí, James representaba un rechazo de la moda contemporánea y la cultura *mainstream* en general.

Además de su indiferencia por los avances de la tecnología, todo lo que le gustaba provenía de otras épocas, incluso la música que escuchaba. No era el típico tío de fútbol y cervezas

y tenía el aspecto de alguien que pasaba más tiempo en la biblioteca que en el gimnasio, un atributo que sigue atrayéndome en los hombres hasta el día de hoy.

La primera vez que hablamos, yo estaba colocando uno de mis cuadros para una exposición a la entrada del instituto. Me parecía que estaba torcido y no paraba de acercarme y alejarme de él para ajustarlo. Era un autorretrato de un desnudo femenino, una Venus de cuerpo entero con vello púbico, algo que no se solía ver en la pintura clásica, ni en el instituto donde yo estudiaba.

—¿Esto lo has hecho tú? —preguntó una voz.

Me volví para ver quién lo preguntaba y me quedé de piedra. Era él.

—Sí —dije con una sonrisa, sorprendida, y algo nerviosa de repente.

—Me gusta el triángulo —sonrió mientras miraba el pubis de mi Venus fijamente.

—Gracias —me ruboricé.

—De nada —dijo, y se volvió y lo vi desaparecer por el pasillo.

A partir de aquella mañana, cada vez que coincidíamos en la cafetería nos saludábamos, y poco a poco los saludos se fueron convirtiendo en conversaciones delante de la máquina de café, hasta que un día me invitó a salir para tomar una copa. No podía creerlo: yo, que en mis mejores días todavía me sentía invisible, pensaba que James estaba fuera de mi liga en todos los sentidos...

Pronto fuimos inseparables y empezamos a quedar a diario. Yo tenía un nudo en el estómago cada vez que nos veíamos. Me enamoré de él de una manera que nunca he vuelto a sentir, y que espero no volver a sentir nunca, simplemente porque aquello llegó a ser enfermizo. Por ejemplo, hubiera aguantado lo que fuera para estar a su lado, incluso los comentarios condescendientes que de vez en cuando me lanza-

ba. Le gustaba mostrar su superioridad intelectual siempre que se presentaba la oportunidad de hacerlo.

Me sentía torpe y tímida en su presencia, hasta el punto de que, a veces, parecía que realmente no era yo. Era patético. Siempre era él quien proponía todo lo que hacíamos: nuestras citas, las horas y los lugares; y yo le dije que sí a todo. Siempre esperaba ansiosa sus llamadas. Él lo controlaba todo, todo salvo el tema sexual, porque era muy respetuoso con mi virginidad. «Todo está en tus manos», me había dicho en infinitas ocasiones. Pero, después de tres meses juntos, sentí que de repente estaba lista.

—Quiero sentirte dentro de mí —le dije a James un viernes por la noche en el pub al que siempre íbamos.

Ya llevaba unas cuantas copas, las suficientes para poder expresar mis sentimientos. No sabía realmente qué quería decir con eso, ya que era virgen; solo sabía que quería llevar nuestra relación a otro nivel.

Esperaba una reacción, algo, pero no dijo absolutamente nada. ¿Había hablado más de la cuenta? Pero justo cuando empezaba a pensar que quizás había metido la pata, me tocó la rodilla por debajo de la mesa donde estábamos sentados, y subió la mano por mi muslo. Me alegré de haberme vestido con una minifalda, a pesar de que era una noche fría de febrero. Puso la mano entre mis piernas y empezó a acariciarme suavemente. Bajé la cabeza y me tapé la cara con las manos, intentando esconder mi placer de la multitud y, sobre todo, de los *voyeurs* no deseados. Sí, pensaba: vamos a hacerlo... Después, retiró la mano de repente y la levantó para olerla, como si fuera una colonia hipnótica.

—Vamos, entonces —dijo por fin.

Volvimos a su casa, como hacíamos cada viernes después del pub, y durante un rato nos enrollamos a oscuras en el sofá mientras sus padres dormían. Me quité las botas altas y las bragas, pero me dejé la ropa puesta por si de repente entraba



alguien en el salón en un momento inoportuno. Esta vez las caricias y los besos eran aún más torpes de lo habitual. Quizás habíamos bebido demasiado, pensaba. En el fondo no quería que mi vida sexual comenzara de esa manera, pero sentí que tenía que suceder aquella noche. No podía esperar más.

—Quiero sentirte dentro de mí —repetí al notar su dureza contra mi muslo.

—Vale, déjame buscar un preservativo —dijo, y se levantó para sacar uno de su billetera, y se lo colocó rápidamente antes de volver a ponerse encima de mí.

Esperaba dolor, sangre, pero a la vez esperaba sentirme más unida a él; sin embargo, no fue exactamente así. Sentí un empujón fuerte y, justo un instante después, James se retiró y se levantó del sofá.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Qué pasa? —pregunté. Estaba confundida. Bajé la mano a mi entrepierna, me sentí extraña—. Estoy supermojada...

—Será porque tienes millones de espermatozoides nadando dentro de ti... —dijo, con toda la tranquilidad del mundo. Yo pensaba que acabábamos de empezar, pero ya se había terminado.

—¿Qué dices? Pero ¿no llevabas condón?

—Se ve que se cayó... Joder, lo siento.

No sabía qué decir. El susto me quitó la borrachera de golpe. Me sentí impotente y empecé a sollozar; él intentó consolarme, pero era imposible.

—Tendrás que ir al médico mañana para conseguir la pastilla del día después. Sin falta, ¿me oyes?

—Vale.

Me daba igual el hecho de que mi primera vez no hubiera sido el hito romántico y especial que había soñado. Lo único que tenía en la cabeza en aquel momento era ir al médico a la mañana siguiente para conseguir la pastilla del día después. Ya

era muy consciente de que tener sexo implicaba unas responsabilidades, sobre todo en el Reino Unido, el país con la tasa más alta de embarazos de adolescentes en Europa. Tenía varias compañeras de clase que ya eran madres y aquello me sirvió de lección para no acabar como ellas. Yo tenía otros planes. Además, la única cosa que mis padres me habían dicho acerca del sexo era «No te quedes embarazada», y yo no los quería decepcionar.

A la mañana siguiente tuve que pedir una cita de urgencias en mi centro médico. Apenas había dormido y estaba agotada, con resaca pero también con una energía nerviosa, y con ganas de solucionar el problema cuanto antes. Llevaba años sin pasar por allí; además, era la primera vez que iba sin mi madre. Irónicamente, ahora lo hacía para evitar convertirme en madre por mí misma. Y encima era el mismo médico, el doctor Jones, el que me había atendido durante todas las enfermedades de la infancia: el sarampión, las verrugas en los pies, la varicela... Me daba vergüenza volver a verlo después de tantos años, sobre todo en estas circunstancias.

—¿A qué hora sucedió el «accidente»? —me preguntó el doctor Jones cuando le expliqué lo sucedido.

Era curioso resumir mi primera vez así. Por supuesto, cada experiencia negativa o desagradable tiene una parte positiva que a veces tarda en manifestarse, y la manera en la que perdí la virginidad no fue ninguna excepción. Por ejemplo, no había sangrado ni me había dolido como esperaba. Había escuchado tantas historias de amigas, también desastrosas pero no en el mismo sentido que la mía... Tenía ganas de probarlo de nuevo porque, de todas formas, no podía ser peor que la primera vez.

Unos días más tarde era San Valentín y habíamos decidido pasar la tarde celebrándolo en una habitación de hotel. Al vivir los dos con nuestros respectivos padres, era difícil encontrar un momento para la intimidad, sin prisas y, sobre todo,

en una cama de matrimonio. La habitación era muy cutre: tenía un fuerte olor a tabaco y a lejía y una colcha sintética de color melocotón que podía haber producido chispas de electricidad estática, pero en aquel entonces eso era lo que había por cuarenta libras. Nada más entrar, James sacó un sobre del bolsillo interior de su abrigo y me lo dio. Vi que era una tarjeta de felicitación por San Valentín. Se puso inusualmente nervioso; miró al suelo y evitó mirarme a los ojos.

—¿Vas a abrirla ahora? —me preguntó.

—¿Quieres que la abra ahora?

Nunca lo había visto así; era intrigante.

—Vale, pero no puedo estar aquí mientras lo lees. Voy al cuarto de baño un momento —dijo con la cabeza todavía baja.

Cerró la puerta del baño y me quedé mirándolo boquiabierto. Después de esa reacción, me daba más curiosidad aún abrir el sobre. Me senté en la cama y leí:

V

*¿De qué poder tuviste los poderes  
de guiar mi corazón tu alevosía,  
de cautivarme falsos pareceres,  
de negar que la luz agracia al día?*

*¿De dónde es que embelleces lo dañino,  
que hasta en tus mismas faltas y perjuicios  
hay tanta fuerza y tanto ingenio fino  
que en mí superan todo bien tus vicios?*

*¿Quién te enseñó a lograr que yo te ame  
cuantas más causas de odio en ti he encontrado?  
Si lo que amo a los otros es infame  
con los otros no habrás de odiar mi estado.*

*Si se alza mi amor por tu malicia  
más digno de tu amor soy, en justicia.*

*(Soneto de William Shakespeare)*

*Te quiero.*

*¿Y tú?*

*(Dame dos besos si es que sí, o uno si es que no...)*

*J*

*xxxxx*

Mi corazón iba a mil. Me quedé estática. Me quería. Una declaración de amor en el día de los enamorados. Empezábamos bien. No cabía duda de que yo estaba locamente enamorada de él, pero no se lo había dicho nunca. No me había atrevido. Pero, al mismo tiempo, estaba convencida de que, por la manera tan patética como me comportaba cuando estábamos juntos, él ya lo sabía. Estaba colgadísima. Volví a leer el soneto y sobre todo a repasar el «Te quiero» del final. Estaba en una nube, pero, a pesar de mi alegría, no me encontraba cómoda expresando mis sentimientos y, cuando oí que se abría la puerta del baño, me entró pánico.

Me levanté de la cama rápidamente y me puse de espaldas a la puerta del baño para no mirarlo a los ojos cuando saliera. Entendí por qué se había puesto tan nervioso antes; ahora me tocaba estarlo a mí. Metí la tarjeta en el sobre y lo guardé en mi bolso de mano. ¿Qué esperaba de mí ahora? Volví a pensar en el «Dame dos besos si es que sí, o uno si es que no...». ¿Esperaba que lo besara? Al final decidí actuar como si no lo hubiera leído y no le di ningún beso: en aquel momento me pareció lo más natural. Tenía que saber que yo también lo quería, pensaba. Era obvio.

—¿Quieres tomar un baño? —dije para romper el silencio incómodo.

—No creo que sea una buena idea. Esto no es el Ritz y la bañera da bastante asco. Te hago un masaje.

—Vale.

Seguimos actuando como si el episodio de la tarjeta no hubiera ocurrido, pero en mi corazón sabía que sí, y esto era lo único que importaba. Colocamos una toalla en la cama, me desnudé, me tumbé encima de ella bocabajo y cerré los ojos. En lugar de darme un masaje convencional, James me acariciaba la nuca suavemente. Después sentí su lengua y su aliento caliente, que me produjo escalofríos por todo el cuerpo de forma instantánea.

Recorrió mi espalda con la lengua, bajando hasta mis lumbares; pero, justo cuando estaba empezando a disfrutarlo, sentí que se levantaba de la cama. No te vayas, pensé, pero estaba demasiado relajada como para abrir los ojos y ver qué hacía. Después oí el sonido de la ropa cayendo al suelo. Se está desnudando, pensé. Estaba contenta.

Volvió encima de la cama y de repente me agarró las nalgas con fuerza.

—Me encanta tu culo. Date la vuelta.

Hice lo que me decía, todavía con los ojos cerrados; él me abrió las piernas y empezó a mordisquearme suavemente los muslos, subiendo poco a poco hacia mi sexo. Me acarició los labios y comenzó a lamerme el clítoris. No sé por qué, pero de golpe dejé de sentirme relajada y no conseguí disfrutarlo del todo. Lo único que tenía en la cabeza era que quería que me penetrara. Estaba impaciente por satisfacer la curiosidad de hacerlo durante más de dos segundos. Levanté la cabeza y ahí lo vi entre mis piernas, devorándome golosamente como si fuera un postre. Me encantó verlo así, pero yo quería otra cosa.

—¿Puedes ponerte el preservativo? —le pregunté.

—No creo que estés lista todavía —respondió, y siguió lamiéndome.

—¡Lo estoy! Por favor —protesté.

—Vale.

Se levantó y fue al escritorio donde había guardado un paquete de preservativos. Tuve la oportunidad de estudiar bien su cuerpo por primera vez a la luz del día; hasta entonces, siempre lo había visto por la noche. Me pareció perfecto, pero su pene impúdico parecía una lanza..., era enorme. ¿Me va a meter todo esto?, pensaba. Oh, Dios mío... Sacó un condón y lanzó el paquete encima de la cama.

—¿Quieres colocármelo tú? —me preguntó, arrodillado ante mí.

Negué con la cabeza.

—¿Puedes hacerlo tú?

—Vale —dijo, y se colocó el preservativo.

Se puso encima de mí en la postura del misionero y me guió la mano hacia su pene.

—Cógeme la polla por aquí abajo y contrólala tú. Sin prisas —dijo, y empecé a guiar su pene dentro de mí muy poco a poco.

Incluso cuando solo estaba dentro el glande, me parecía enorme. Suspiré.

—Respira profundo. Relájate —dijo.

Yo estaba apretada, resistiéndolo, pero intentando acostumbrarme a esa sensación nueva. Con cada respiración, entraba un poco más.

—¿Te duele?

—No, solo que se siente un poco raro...

—Sigue respirando entonces.

Y eso hice. Miré hacia abajo y vi que estaba casi completamente dentro. Suspiré y seguí mirando.

—Relájate, relájate... —decía, y empezó a darme besos en la cara hasta que entró por completo.

La mera vista de aquello me puso a mil y sentí un nudo en el estómago.

Estaba dentro de mí por fin.

Una vez relajada, me sorprendió ser capaz de acomodar así de bien algo tan grande. Era como descubrir mi propio jardín secreto: un espacio nuevo dentro de mi cuerpo que descubriría por primera vez. Relajé los músculos y empecé a respirar de forma normal.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí.

Nos besamos y me devoró la lengua. Era el primer beso desde que había leído la tarjeta de San Valentín y, por mi entusiasmo, esperaba que supiera que yo también lo quería. Me encantó sentir su piel caliente contra la mía y notar su peso encima de mí. En esta posición del misionero me sentía casi inmovilizada por su pene: esa era la felicidad.

—¿Puedo empezar ya? —me preguntó.

—¿Empezar el qué? —respondí.

—Ya verás...

Empezó a moverse de forma rítmica.

—¿Te gusta? —jadeó.

—¡Me encanta!

Con cada embestida, gemí hasta sentir una ola de placer por todo el cuerpo. Después de unos minutos, noté que me tensaba y empecé a sentir una serie de espasmos violentos que me dieron ganas de cerrar las piernas de repente y de gritar sin pensar en quién nos pudiera oír. Fue el placer más grande que había sentido en mi vida.

—¿Te has corrido? —preguntó.

—Creo que sí —respondí mientras procuraba recobrar la respiración.

—Ya lo veo —sonrió, y me dio otro beso en la boca.

Había leído en incontables revistas que llegar al clímax a través de la penetración no era nada común entre las mujeres; descubrir que ese no era mi caso fue una gran sorpresa muy bienvenida.

—Ahora me toca a mí. Voy a correrme —jadeó.

Lo abracé aún más fuerte, deseando escuchar sus gemidos en mi oído, y sentí otro nudo en el estómago mientras él se corría. Era excitante observar la cara que ponía mientras parecía perder el control. Me sentí como si estuviéramos dentro de una burbuja: no importaba nada salvo ese momento. Todo lo que existía fuera de esa habitación de hotel era irrelevante. Aquello no era el Ritz, cierto. Era mucho, mucho mejor.

Justo después de acabar, se apartó de mí, se quitó el preservativo y lo inspeccionó.

—Bien —dijo al ver que esta vez estaba todo en orden, y fue al cuarto de baño para deshacerse de ello.

Cuando volvió, nos abrazamos mientras recuperábamos la respiración. Nunca en mi vida me había sentido tan contenta; aquello había superado todas mis expectativas. Puse la cabeza contra su pecho mientras le acariciaba la barriga en silencio. Después de un rato, James volvió a ponerse duro y yo no podía resistir tocarlo.

—¿Podemos hacerlo otra vez? —pregunté, esperando que dijera que sí.

—¡Claro! Pero esta vez me vas a poner tú el condón.

—Es que no sé cómo...

—¡Venga! Tendrás que aprender.

—¿Me enseñarás cómo?

—Claro. Es muy fácil, mira... —dijo antes de coger otro preservativo y sacarlo de su funda.

Pasamos toda la tarde en la cama hasta gastar cinco preservativos. Hicimos todas las veces el misionero; yo aún no estaba a la altura para practicar el kamasutra. Ya era bastante impactante descubrir la sensación de la penetración, pero sobre todo descubrir que me encantaba. A pesar de no haberme movido mucho, porque no sabía cómo, tuve agujetas en los glúteos al día siguiente. También caminaba como John Wayne, o como si hubiera «perdido mi caballo»; y, cada vez que me sentaba, me acordaba de él follándome. Había descubierto



nuevas fuentes de placer y de dolor, pero el dolor del sexo me encantaba, ya que después me recordaba a él durante días.

Aprovechamos cada oportunidad para tener sexo, algo que no era fácil. Hicimos rapiditos en la capilla del instituto, en aulas vacías, en parques (si hacía buen tiempo) y, cuando podíamos, en habitaciones de hoteles cutres. Cada vez superó la anterior y pronto me enganché al sexo. Aunque no puedo negar que hubo momentos en los que me sentí muy acomplejada por mi inexperiencia y temí que James me comparara con sus amantes anteriores. Pero no permití que mis complejos me arruinaran la experiencia.